

LOS FUNDAMENTOS PSICOLÓGICOS Y LA POSICIÓN EPISTEMOLÓGICA DE LA ANTROPOSOFÍA

Conferencia pronunciada por

RUDOLF STEINER

el 28 de febrero de 1911 en Bolonia – Italia

La tarea que quisiera proponerme en las siguientes exposiciones consiste en hablar del carácter y valor científicos de una corriente espiritual a la que amplios círculos aún tienden a negarle el calificativo de “científico”. Teniendo en cuenta algunos ensayos emprendidos en nuestra época siguiendo sus propios métodos, esa corriente espiritual lleva el nombre de *Teosofía* (Antroposofía). En la historia de la filosofía se le da ese nombre a ciertas corrientes espirituales que, de tanto en tanto, aparecen a lo largo de la vida cultural humana, y que no tienen nada que ver con lo que voy a exponer aquí, a pesar de que en algunos aspectos nos lo recuerden. Por consiguiente, a lo largo de esta exposición, aquí consideraré lo que puede describirse como su mentalidad característica, sin tener en cuenta muchas de las cosas que suelen adoptar el nombre de “teosofía”.

Sólo si respetamos este punto de vista será posible expresar de una manera cabal la relación que existe entre la corriente a la que nos referimos aquí y las actuales maneras de pensar de lo científico-filosófico.

Primero –y hemos de admitirlo francamente- lo que habitualmente suele llamarse “Teosofía”, ya simplemente en lo que se refiere al concepto de conocimiento, difícilmente es compatible con todo lo que en el presente parece haber sido verificado como “ciencia” y “conocimiento”, que tantas bendiciones han aportado, y que, sin duda, seguirán aportando a la cultura de la humanidad.

Los últimos siglos nos han conducido a que se dé valor “científico” a lo que el intelecto ha podido comprobar mediante la observación, la experimentación y su elaboración, y que, en todo momento, es fácilmente comprobable por toda persona. En ese proceso, sin embargo, de todas las averiguaciones científicas se ha tenido que excluir todo lo que sólo tenga sentido para las vivencias subjetivas del alma humana. Ahora bien, es innegable que el concepto de conocimiento filosófico hace ya mucho tiempo que se ha ido acomodando a la manera de pensar recién descrita. Eso puede deducirse de manera óptima de las investigaciones que se han llevado a cabo en nuestra época sobre lo que puede ser objeto de un posible conocimiento humano, y sobre cuáles son los límites que puede reconocer dicho conocimiento. No hace falta intentar demostrar aquí la afirmación recién expuesta haciendo un resumen de las investigaciones epistemológicas del presente. Me limitaré a destacar el objetivo de dichas investigaciones. En ellas se presupone que, por la relación del ser humano con el mundo exterior, se produce un concepto verificable de la naturaleza del proceso cognitivo, y que, entonces, en base a ese concepto de conocimiento, es posible describir el alcance de lo que puede lograrse científicamente. Por muy divergentes que sean las distintas corrientes epistemológicas, si se comprende lo suficiente la característica antes mencionada, se podrá hallar en ella el elemento común de las correspondientes tendencias filosóficas.

Ahora bien, el concepto de conocimiento que postula lo que aquí llamamos Antroposofía parece contradecir lo que acabamos de describir. Para ella, el conocimiento (es algo que) no es resultado directo de examinar la entidad humana y su relación con el mundo exterior. En base a los

indudables hechos de la vida anímica, la Antroposofía cree poder afirmar que el conocimiento no es algo terminado, cerrado, sino algo fluyente, capaz de evolucionar. Cree poder señalar al hecho de que, detrás del ámbito de la normal vida anímica consciente, existe otro en el que puede penetrar el ser humano. Y es necesario destacar que, al hablar de esa vida anímica, no nos referimos a lo que actualmente se acostumbra a llamar el “subconsciente”. Ese “subconsciente” puede ser objeto de la investigación científica; y desde el punto de vista de los métodos habituales de investigación puede ser examinado como objeto. Pero no tiene nada que ver con la condición del alma de la que vamos a hablar aquí. Dentro de ésta, el ser humano vive tan consciente y tan capaz de controlar las cosas lógicamente, como lo hace en el horizonte de la consciencia habitual. Sólo que esa condición del alma ha de crearse mediante determinados ejercicios y vivencias anímicas. No puede presuponerse su existencia como un hecho dado de la entidad humana. En dicha condición anímica aparece algo que podemos calificar como un *desarrollo ulterior* o evolución de la vida anímica humana, sin que en ese avance desaparezcan el autocontrol y las otras características de la vida anímica consciente.

Así que primero quisiera describir esa condición anímica y mostrar luego cómo lo que se logra con ella puede introducirse en los conceptos del conocimiento científico de nuestra época. Por lo que mi primera tarea consistirá en mostrar el método propio de la orientación mental a la que aquí nos referimos, basándonos en el desarrollo posible del alma. Esa primera parte de mi exposición podría denominarse:

*Un modo de observación científico-espiritual
basado en ciertos posibles hechos psicológicos*

Lo que aquí se describe ha de considerarse como vivencias del alma que pueden ser experimentadas cuando se establecen determinadas condiciones en el alma humana. Lo primero que hemos de hacer es comprobar el valor epistemológico de esas vivencias anímicas en su exposición más sencilla.

Propongámonos realizar lo que podríamos llamar “ejercitación anímica”. Comenzaremos por tomar contenidos del alma que habitualmente sólo valoramos como imágenes reflejas de una realidad exterior, y acojámoslos desde un punto de vista distinto. En los conceptos e ideas que se hace el ser humano, lo primero que busca es tener algo que pueda ser imagen refleja, o al menos signo o señal de algo que se halla fuera de los conceptos o ideas. En el sentido a que nos referimos aquí, el investigador espiritual busca contenidos anímicos que se parezcan a los conceptos e ideas de la vida corriente o a los de la investigación científica; sólo que, en lo que se refiere a su valor cognitivo, al principio no los considera como algo objetivo, sino que deja que vivan como fuerzas activas en su propia alma. De algún modo, los sumerge como gérmenes espirituales en el terreno de la vida anímica y, con perfecta serenidad del alma, espera a que ejerzan su efecto sobre la vida psíquica. Entonces puede observar cómo, con una reiterada aplicación de dicho ejercicio, la condición del alma, de hecho, se modifica. Pero hay que destacar expresamente que lo importante es la *repetición*. Pues no se trata de que suceda algo en el alma gracias al contenido de los conceptos, siguiendo el método habitual propio de un proceso cognitivo, sino que se trata de un proceso real en la vida anímica. En ese proceso, los conceptos no obran como elementos de conocimiento, sino como fuerzas reales; y su efecto se basa en que la vida del alma es captada repetidamente por las mismas fuerzas. Todo se basa especialmente en que sea reasumido una y otra vez por la misma fuerza el efecto que se pretende ejercer sobre el alma por la vivencia (que se tiene) con un concepto. Por eso, en la mayoría de los casos, el objetivo se logra con meditaciones sobre un mismo contenido, que se extienden por largos períodos repetidos en determinados intervalos. En ese caso, se tiene poco en cuenta la duración de ese tipo de

meditación. Puede ser muy breve si transcurre en absoluta serenidad anímica y si el alma se abstrae plenamente de todas las impresiones exteriores de la percepción y de toda actividad intelectual común. Se trata, pues, de que la vida anímica se aísle con los contenidos mencionados. Eso hay que decirlo, porque ha de quedar claro que al ejecutar dichos ejercicios, nadie ha de verse perturbado en su vida habitual. El ser humano generalmente dispone del tiempo que hace falta para ellos. Y la modificación que se presenta en la vida anímica, gracias a dichos ejercicios, si se han realizado correctamente, no ejerce la más mínima influencia en la constitución de la consciencia que se requiere para la vida humana normal. (El que, por la idiosincrasia de la persona se produzcan exageraciones y rarezas perjudiciales, no puede alterar la visión de la naturaleza del asunto).

Ahora bien, en la mencionada ejercitación del alma, la mayoría de los conceptos de la vida son los menos apropiados. Todos los contenidos anímicos que explícitamente se relacionen con algo objetivo que se halle fuera de ellos, tienen muy poco efecto sobre los ejercicios descritos. Habría que considerar más bien los conceptos que podríamos llamar símbolos. Los más fecundos son los que se relacionan con un contenido múltiple y lo resumen de una manera viva. Tomemos como un buen ejemplo, propio de la experiencia, lo que Goethe designó como su idea de la “protoplanta”. Hay que señalar cómo Goethe, en ocasión de una conversación con Schiller, habló de esa “protoplanta” dibujando en pocos trazos una imagen simbólica. También mencionó que quien hiciera viva esa imagen en su alma, tendría en ella algo desde donde, mediante modificaciones acordes a leyes, se podrían concebir todas las posibles formas vegetales que conlleven en sí mismas la *posibilidad de existir*. Por mucho que, en principio, se piense como de costumbre sobre el valor cognitivo objetivo de esa “simbólica protoplanta”, si en el sentido antes mencionado permitimos que viva en el alma y si uno espera en calma a que ejerza su efecto en la vida anímica, surgirá entonces algo que podríamos llamar condición anímica modificada. Las representaciones que los investigadores del espíritu llaman símbolos utilizables, podrían parecer a veces muy peculiares. Pero podemos prescindir de esa peculiaridad si consideramos que dichas representaciones no han de tomarse teniendo en cuenta su veracidad en el sentido habitual, sino que hay que juzgarlas por la manera en que obran sobre la vida anímica como fuerzas reales. El investigador espiritual no enfatiza lo que *significan* las imágenes utilizadas para el ejercicio anímico, sino lo que se vivencia en el alma bajo su influencia. Naturalmente, aquí sólo podemos dar algunos ejemplos de representaciones simbólicas efectivas. Así por ejemplo, podemos hacernos una imagen de la entidad humana en la que la naturaleza inferior del hombre, emparentada con el organismo animal, se nos presenta en relación con el ser humano como ser espiritual, haciendo que convivan simbólicamente una forma animal y una forma humana altamente idealizada (como podría ser el caso de un centauro). Cuánto más vívido e imaginativo, cuanto más saturado de contenido aparezca el símbolo, tanto mejor. En las condiciones mencionadas, ese símbolo obra sobre el alma de tal modo que, a lo largo de un tiempo – ciertamente prolongado-, ella siente en sí misma los procesos de la vida interior fortalecidos, móviles, e iluminándose mutuamente. Un buen símbolo antiguo y útil es el llamado Caduceo de Mercurio, es decir, la imagen de una recta, alrededor de la cual se enrosca una curva en espiral. Sin embargo, hay que imaginarse esa figura como si fuera un sistema de fuerzas que transcurre a lo largo de la recta y al que, siguiendo ciertas leyes, le corresponde otro sistema de fuerzas con velocidad comparativamente menor a lo largo de la espiral. (Concretamente, podríamos imaginarnos el crecimiento del tallo vegetal y la respectiva unión de las hojas a lo largo del mismo; o también podríamos hacernos la imagen del electroimán. De la misma manera se produce la imagen de la evolución humana que, en la vida, se simboliza con la recta representando las facultades ascendentes; y la multiplicidad de las impresiones se ve simbolizada por el curso de la espiral, etc.).

Especialmente significativas pueden ser las figuras matemáticas, en la medida en que en ellas podemos ver símbolos de procesos universales. Un buen ejemplo de ello es el llamado “Óvalo de Cassini” con sus tres formas, la elipsoidal, la de lemniscata y la de las dos respectivas ramas. En ese caso, se trata de experimentar dicha representación de tal manera que aparezcan en el alma ciertas sensaciones que se correspondan a la transición de una de las formas de la curva a la otra, siguiendo las respectivas leyes matemáticas.

A esos ejercicios le siguen otros. Consisten también en símbolos, pero esta vez se corresponden con representaciones expresables en palabras. Pensemos en la verdad que imaginamos como algo que vive y teje en la ordenación de los fenómenos del mundo, y simbolicémosla con la luz. La sabiduría que se manifiesta en amor sacrificial imaginémosla simbolizada por el calor que emerge en presencia de la luz. A partir de esas representaciones imaginemos frases que *también tengan un exclusivo carácter simbólico*. El alma puede entregarse en la meditación a ese tipo de frases. El éxito depende esencialmente del grado de calma y aislamiento de la vida anímica que uno alcance dentro del símbolo. Si la cosa tiene éxito éste último consiste en que el alma se siente como extraída del organismo corporal. Se produce en ella como una modificación de su sensación de existir. Si se tiene en cuenta que el ser humano *en la vida normal* siente que su vida consciente se especifica como surgiendo de una unidad según las representaciones que se deben a las percepciones de los diversos sentidos, cuando se han hecho los ejercicios mencionados el alma se siente impregnada de una vivencia de sí misma cuyas partes muestran transiciones menos precisas que las que, por ejemplo, presentan las ideas de colores y sonidos dentro del horizonte de la consciencia ordinaria. El alma tiene la vivencia de que puede regresar a una región de su existencia interior y que eso se lo debe al éxito de los ejercicios, una región que, antes de emprenderlos, no era más que una zona vacía e imperceptible.

Antes de alcanzar esa vivencia interior tienen lugar múltiples transiciones en la condición anímica. Una de ellas se da a conocer en una atenta observación –alcanzable mediante el ejercicio- del momento en el que uno se despierta del sueño. En ese instante puede sentir claramente cómo, desde un algo que hasta entonces le era desconocido, intervienen en la ensambladura del organismo corporal fuerzas acordes con ciertas leyes. Como si fuera en una imagen recordativa, siente una *resonancia* de efectos que han surgido de esa organización corporal durante el sueño. Y si el hombre, además, ha alcanzado la facultad de vivenciar, dentro de su organismo corporal, ese algo que hemos descrito, entonces se le hará evidente que la relación de ese algo con el cuerpo es distinta en el estado de vigilia que en el estado de sueño. Y no tiene más remedio que decir que, mientras está despierto, ese algo se halla en el cuerpo, y que se halla *fuera* del cuerpo cuando duerme. Sólo que no hay que confundir ese “dentro” y ese “fuera” con las habituales representaciones espaciales, sino que ellas designan vivencias específicas que tiene el alma que ha pasado por los ejercicios descritos.

Los ejercicios son siempre de índole anímica, y se configuran de forma individual para cada persona. Una vez que se han empezado surge lo individual a partir de una determinada práctica anímica que ha de ir ejercitándose. Pero lo que se manifiesta con necesidad irrefutable es la conciencia positiva de una vida en una realidad de índole suprasensible que es independiente de la corporalidad exterior. En aras de la simplicidad, a la persona que busca las vivencias anímicas descritas la llamaremos “investigador espiritual”. Ese investigador espiritual tiene ante sí la conciencia, sometida a exacto autocontrol, de que a la organización corporal sensorialmente perceptible le subyace otra suprasensible; y que es posible experimentarse a uno mismo dentro de ella, como la conciencia normal se vivencia a sí misma dentro de la organización físico-corporal. (Aquí sólo podemos insinuar los ejercicios referidos en cuanto a *su principio*. Una exposición más detallada de ellos se encuentra en mi libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?”).

Con la respectiva continuación de los ejercicios, ese “algo” que hemos descrito pasa a un estado hasta cierto punto espiritualmente organizado. La consciencia constata con claridad que, de manera similar, se relaciona con un mundo suprasensible, igual como, a través de los sentidos, se halla en relación cognitiva con el mundo sensorial. Es evidente que provoque obvios reparos importantes el afirmar que existe esa relación cognitiva entre el componente suprasensible de la entidad humana y su entorno. Podría tenderse a relegar todo lo que así se vivencia al ámbito de la ilusión, alucinación, autosugestión, etc. Pero, *por la naturaleza del asunto*, una refutación teórica de esos reparos, en el fondo, *debe* ser imposible. Pues aquí no puede tratarse de una discusión sobre la existencia de un mundo suprasensible, sino de posibles vivencias y observaciones que se producen ante la consciencia, exactamente de la misma manera a como lo hacen las observaciones transmitidas por los órganos sensoriales externos. Por eso, para el respectivo mundo suprasensible no se puede obtener ningún otro tipo de reconocimiento que el que presente una persona sobre el mundo de los colores, de los sonidos, etc. Sólo puede tenerse en cuenta que, cuando los ejercicios se realizan de la manera correcta, sobre todo con un autocontrol infatigable, el investigador espiritual constata, por *experiencia inmediata*, la diferencia entre lo suprasensible, que nos hemos imaginado, y lo suprasensible que hemos percibido, y lo hace con la misma certidumbre que en el mundo sensorial distinguimos entre un fragmento de hierro candente que nos imaginamos y otro que realmente tocamos. Precisamente en lo que se refiere a la diferencia entre alucinación, ilusión y realidad suprasensible, el investigador espiritual, con sus ejercicios, va haciendo suya una práctica certera. Pero también es normal que, frente a las observaciones suprasensibles concretas que haya realizado, el sensato investigador espiritual deba ser crítico, en el sentido más elevado del término. Por lo que, en cuanto a los resultados positivos de la investigación espiritual, nunca hablará de otra forma que con la reserva que le lleva a decir: “se ha observado esto o aquello”. Y la cautela crítica que en ello se ha ejercido justifica suponer que todo aquel que pueda conseguir relacionarse con el mundo suprasensible, realizará las mismas observaciones. Las diferencias en los pormenores de los diversos investigadores espirituales, en realidad, sólo pueden verse en la misma luz en que se ven las descripciones que dan diversos viajeros que han viajado a un mismo lugar y que luego lo describen.

En mi libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?”, en consonancia con las costumbres de los que se han ocupado de un mismo campo como investigadores espirituales, he llamado “Mundo Imaginativo” a aquel mundo que emerge en el horizonte de la consciencia de la manera descrita. Mas, de estos términos, utilizados puramente como expresión técnica, hay que apartar todo lo que con ello quisiera interpretar el mundo “culturalmente instruido”. El término “Imaginativo” se refiere aquí solamente a la *índole cualitativa* del contenido anímico. En su *forma*, ese contenido del alma se parece a las “imaginaciones” de la consciencia ordinaria, sólo que dentro del mundo físico una imaginación no se refiere directamente a algo real, mientras que las Imaginaciones que percibe el investigador espiritual inequívocamente hacen referencia a algo *real suprasensible*, como, por ejemplo, en el mundo físico la representación que nos hagamos de un color se refiere claramente a algo objetivo-real.

Con el “Mundo Imaginativo” y el tipo de Conocimiento que es propio a ese mundo, el investigador espiritual no ha hecho más que dar el primer paso. Con él apenas se experimenta la *faceta exterior del mundo suprasensible*. Hace falta dar otro paso. Consiste en una profundización de la vida anímica que va más allá de lo que hemos considerado en el primer paso. Mediante una intensa concentración en la vida anímica que se produce con los símbolos, el investigador espiritual ha de capacitarse para *apartar* totalmente de su consciencia el *contenido* de los símbolos. Y lo que luego ha de retener dentro de la consciencia es únicamente el *proceso* al que se había sometido su vida anímica cuando se había entregado a los símbolos. En una especie de verdadera abstracción hay que apartar el contenido de la representación en símbolos, y dejar que

permanezca en la consciencia solamente la *forma de la vivencia* que se tenía en los símbolos. Con ello se aparta el carácter irreal, simbólico de la representación, que era sólo relevante para una etapa de transición del desarrollo del alma; y la consciencia convierte en objeto de meditación el *tejer íntimo* del contenido anímico. Lo que puede describirse sobre ese proceso, de hecho se relaciona con la vivencia anímica real como lo haría una débil sombra con el objeto que proyecta la sombra. Lo que simplemente aparece en la descripción, mantiene su significativo efecto gracias a la energía psíquica aplicada.

A ese tejer subyacente en el contenido anímico que se ha adquirido de la manera descrita podríamos llamarlo *autopercepción real*. Con ello se descubre la interioridad humana, no meramente con una reflexión sobre uno mismo como portador de las impresiones sensoriales y de la elaboración mental de dichas impresiones, sino que se da a conocer el yo, tal como es, sin relación con ningún contenido sensorial; se experimenta en sí mismo como realidad suprasensible. Pero esa vivencia no es la misma que tiene el yo cuando, en la autoobservación habitual, se aparta la atención de lo que ya se conoce del entorno y se refleja en el yo cognoscente. En este caso, el contenido de la consciencia de alguna manera se contrae cada vez más hasta llegar al punto del “yo”. Pero no es ese el caso en la visión real de sí mismo que tiene el investigador espiritual. En ella, el contenido anímico se va enriqueciendo en el transcurso de los ejercicios. Consiste en un vivir en relaciones regidas por leyes, y el yo no se siente como lo haría en las leyes naturales que han sido abstraídas de los fenómenos del mundo circundante, *fuera* del tejido de las leyes; sino que se siente a sí mismo *dentro* de ese tejido; se vivencia en *unidad* con él.

El peligro que puede producirse en este estadio de ejercitación, consiste en que, si falta el verdadero autocontrol, quien se ejercita cree prematuramente haber llegado al resultado, pero se limita a sentir como vida interior la resonancia de las representaciones simbólicas. Naturalmente, eso ya no tiene valor, y no se lo debería confundir con la vida interior que emerge en el momento correcto, vida cuya verdadera sensatez se reconoce gracias a que, aunque muestre plena realidad, no se parece en nada a la realidad antes conocida.

Para una vida interior alcanzada de esta manera es posible un conocimiento suprasensible que conlleve un grado superior de certidumbre que el del mero Conocimiento Imaginativo. En ese punto del desarrollo anímico sobreviene lo siguiente. La vivencia interior se va llenando de un contenido que penetra en el alma desde fuera, de modo parecido a como el contenido de la percepción sensorial penetra desde el mundo físico exterior a través de los sentidos, si bien ese henchirse de contenido suprasensible consiste en un vivir directamente en dicho contenido. Si queremos recurrir a una comparación con algún hecho de la vida habitual, podemos decir: la reunión del yo con un contenido espiritual se experimenta a partir de entonces como la confluencia del yo con una representación recordativa guardada en la memoria. La diferencia consiste únicamente en que el contenido de aquello con lo que se reúne no es comparable con nada experimentado anteriormente, no puede relacionarse con algo pasado, sino sólo con algo presente. Si al denominar ese tipo de conocimiento no pensamos en otra cosa que lo que acabamos de describir aquí, podremos decir que ese conocimiento se produce “por inspiración”. Así he utilizado dicha expresión como término técnico en mi libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?”.

Ahora bien, en ese “Conocimiento mediante la Inspiración” se presenta una nueva vivencia. El modo en que uno suele hacerse consciente del contenido anímico en realidad es totalmente subjetivo. Primero se constata que ese contenido no es objetivo. Uno *sabe* que es algo que ha vivenciado; pero uno no se siente situado frente a él. Esto último sucede sólo cuando, de algún modo, uno lo condensa en sí mismo mediante su energía anímica. Y sólo gracias a ello se convierte en algo objetivo que uno puede contemplar. Pero en ese proceso de la psique uno se da cuenta de que entre el organismo físico-corporal y ese algo que uno ha separado mediante los ejercicios,

todavía existe alguna cosa. Si queremos tener nombres para esas cosas, y evitamos vincular toda serie de fantasías a esos nombres, limitándonos exclusivamente a interpretarlos de acuerdo con lo recién descrito, podemos utilizar los que hemos utilizado habitualmente en la llamada “Teosofía”. Allí a ese algo en el que vive el yo, como algo independiente de la organización corporal, lo hemos llamado el *cuerpo astral*; y lo que se descubre entre ese cuerpo astral y el organismo físico, lo llamamos *cuerpo etérico*. (Si bien, naturalmente, no nos referimos al “éter” de la moderna física).

Ahora bien, del cuerpo etérico proceden las fuerzas por las que el yo llega a convertir en percepción o visión objetiva el contenido subjetivo del Conocimiento Inspirado. Justificadamente, podemos preguntarnos con qué derecho el investigador espiritual llega a relacionar esa percepción con un mundo espiritual suprasensible y no la considera simplemente como algo que ha engendrado él mismo.

No tendría ningún derecho a ello si el cuerpo etérico que él vivencia en su proceso psíquico no le obligara a ello con necesidad objetiva. Y ese es precisamente el caso. Pues el cuerpo etérico es experimentado como una confluencia de las leyes omniabarcantes del macrocosmos. Lo importante no es cuántas de estas leyes se convierten en contenido real de la consciencia para el investigador espiritual. Lo singular se halla en el hecho de que para el saber inmediato está claro que el cuerpo etérico no es otra cosa que una imagen contraída que refleja en sí misma las leyes cósmicas. Para el investigador espiritual, el conocimiento del cuerpo etérico al principio no se refiere a qué contenido concreto puede reflejar esa imagen de la suma de las leyes cósmicas generales, sino a la *índole* de ese contenido.

Las justificadas consideraciones que en principio ha de hacerse la consciencia habitual contra la investigación espiritual son, entre otras, las siguientes. Podemos examinar los resultados de esa investigación (tal como las hallamos en la literatura actual) y decirnos: Efectivamente, lo que ustedes describen como contenido del conocimiento suprasensible, si lo observamos más detenidamente, no es más que una serie de combinaciones de las representaciones habituales extraídas del mundo sensorial.

Y de hecho es así. (Incluso en las exposiciones sobre los mundos superiores que yo pude dar en mi “Teosofía” y en mi “Ciencia oculta”, se tiene la impresión de que no se trata más que de la combinación de representaciones extraídas del mundo sensorio. Como cuando se habla de la evolución de la Tierra mediante combinaciones de entidades de calor, de luz, etc.)

Pero a eso se puede responder lo siguiente. Cuando el investigador espiritual *quiere expresar* sus vivencias, se ve obligado a exponer lo experimentado en la esfera suprasensible utilizando los *medios* que le ofrece la representación sensorial. Pero no hay que concebir su vivencia como si fuera lo mismo que sus medios de expresión, sino que hay que considerar que sólo se sirve de esos medios de expresión como lo hace con las palabras de un *lenguaje* que le es necesario. No hay que buscar el contenido de su vivencia en los medios de expresión, es decir, en las representaciones sensorializadas que utiliza para expresarse, sino en el modo en cómo se sirve de dichos medios. En realidad, la diferencia entre su exposición y la fantasiosa combinación de representaciones extraídas de los sentidos se halla solamente en el hecho de que la combinación fantasiosa surge del arbitrio subjetivo, pero la exposición del investigador espiritual se basa en el hecho de que, gracias al ejercicio, llega a familiarizarse con las leyes suprasensibles. Ahí hay que buscar también la razón de que se malinterpreten tan fácilmente las exposiciones del investigador espiritual. Y es que, en él, en realidad lo importante no es tanto *lo que* dice, sino *cómo* lo dice. En el “cómo” se halla el destello de sus vivencias suprasensibles. Si alguien objetara: entonces lo que expone el investigador espiritual no tiene ninguna relación inmediata con el mundo habitual, por lo que habría que decir que la manera de presentarlo ya basta para satisfacer las necesidades de explicación del mundo extraída de una esfera suprasensible, y al entrar realmente en las

constataciones del investigador espiritual se favorece la comprensión de cómo transcurre el mundo de los sentidos.

También se puede objetar lo siguiente: “¿Qué tienen que ver las afirmaciones del investigador espiritual con el contenido de la consciencia ordinaria? Eso es algo que no se puede controlar.”

Pero precisamente eso último *en principio* es incorrecto. Para investigar en el mundo suprasensible, para indagar sus hechos, es necesaria una disposición anímica que sólo puede alcanzarse mediante los ejercicios descritos. Pero no para su control. Para ello basta con que el investigador espiritual comunique sus vivencias utilizando la habitual lógica imparcial. En principio, esta última siempre puede decidir: si es cierto lo que dice el investigador espiritual, entonces se entiende la manera en que transcurre el mundo y la vida tal como se manifiestan sensorialmente. Lo importante no es cómo uno considera inicialmente las vivencias que percibe el investigador espiritual. Uno puede ver en ellas hipótesis, principios regulativos (en el sentido de la filosofía kantiana). Pero si los aplica al mundo sensorial se verá cómo éste, en su despliegue, corrobora todo lo que afirma el investigador espiritual. (Naturalmente esto sólo es válido como principio; en los casos concretos es evidente que las afirmaciones de los llamados investigadores espirituales pueden contener los más grandes errores.)

Otra vivencia del investigador espiritual puede presentarse cuando se sigue avanzado en los ejercicios. Esa continuación ha de consistir en que el investigador espiritual, *después de haber alcanzado la autopercepción*, sea capaz de suprimirla aplicando el más enérgico poder de la voluntad. Ha de poder liberar el alma de todo lo que se ha alcanzado bajo la repercusión de los ejercicios que se apoyaban en el mundo exterior sensorial. Las representaciones simbólicas se han combinado partiendo de representaciones sensoriales; y aunque el tejer del yo en sí mismo cuando se ha alcanzado el *Conocimiento Inspirado*, se halla libre del contenido de los símbolos, aún no deja de ser un efecto de los ejercicios que se han hecho bajo su influencia. Si el *Conocimiento Inspirado* también genera una relación directa del yo con el mundo suprasensible, se puede seguir ejerciendo la percepción pura de esa relación. Eso sucede mediante la enérgica supresión de la visión de uno mismo que se había alcanzado. Después de esa supresión, el yo puede encontrarse frente al vacío. Y en ese caso hay que seguir adelante con los ejercicios. Pero también puede suceder que se encuentre frente a lo esencial del mundo suprasensible de una manera más directa de lo que lo hacía con el *Conocimiento Inspirado*. En éste sólo se presentaba la *relación* de un mundo suprasensible con uno mismo; pero en el nuevo tipo de conocimiento aquí descrito el yo se ha desconectado del todo. Si queremos hallar una expresión para esa disposición del alma que sea adecuada a la consciencia habitual podríamos decir: la consciencia se vivencia desde entonces como escenario sobre el cual no se está presentando un contenido suprasensible constituido por un ser ontológicamente real, sino que es éste quien se presenta a sí mismo. (En mi libro “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?” he denominado este tipo de conocimiento el *Conocimiento Intuitivo*, aunque hayamos de prescindir del concepto habitual de “intuición” que suele designar una cierta vivencia emotiva inmediata).

Para la observación interior anímica inmediata, con el *Conocimiento Intuitivo* se transforma toda la relación que siente el ser humano como “alma” frente a su organización corporal. Ante la capacidad de percepción espiritual aparece el cuerpo etérico como un organismo suprasensible diferenciado en sí mismo. Y uno reconoce que sus diversos miembros constitutivos están coordinados de una manera determinada con los miembros de su organización físico-corporal. Uno siente el cuerpo etérico como lo primario y al cuerpo físico como su imagen refleja, como lo secundario. El horizonte de la consciencia aparece determinado por la acción de las leyes del cuerpo etérico. La organización conjunta de los fenómenos en ese horizonte se produce como efecto de los diversos miembros del cuerpo etérico que tienden a una unidad. En el cuerpo etérico subyacen las más omniabarcantes leyes cósmicas; la unificación de su actividad subyace en la

tendencia a relacionarse con una especie de centro. Y la *imagen* de esa tendencia unificadora es el cuerpo físico. Así, este último se muestra como la expresión del yo cósmico, igual como el cuerpo etérico muestra ser la expresión de las leyes macrocósmicas.

Lo aquí expuesto se hará más claro si hablamos de un especial hecho de la vida interior del alma. Un hecho relacionado con la memoria. Cuando el yo se desprende de la organización corporal el investigador espiritual vivencia el recuerdo de manera distinta a como lo hace la consciencia ordinaria. Para él, el recuerdo, que normalmente es un proceso altamente indiferenciado, se divide entonces en factores parciales. Primero se siente llevado hacia una vivencia que hay que recordar, como el dirigir la atención en una dirección determinada. Ahí la vivencia es realmente análoga al mirar en el espacio hacia un objeto lejano que uno ha visto, del que ha apartado la vista, y que luego intenta volver a ver. Ahí lo esencial es que se siente la vivencia compulsiva a recordar como si fuera algo que ha permanecido alejado en el horizonte del tiempo, y que no es algo que de alguna manera haya sido extraído de las profundidades de la vida anímica subyacente. Ese dirigirse hacia dicha vivencia que impele hacia el recuerdo es, al principio, un proceso meramente subjetivo. Y cuando aparece realmente el recuerdo, el investigador espiritual siente que es la resistencia del cuerpo físico la que obra como si fuera la superficie de un espejo y que eleva lo vivenciado al mundo objetivo de la representación. De ese modo, en el proceso recordatorio el investigador espiritual siente, al principio, un acontecer que (perceptible subjetivamente) transcurre dentro del cuerpo etérico y que se convierte en *su* recuerdo gracias a que se refleja en el cuerpo físico. El primer hecho del recordar sólo nos ofrecería vivencias incoherentes del yo, pero el recuerdo se convierte en una parte de las vivencias del yo gracias a que cada recuerdo se refleja, porque se sumerge en la vida del cuerpo físico.

De todo ello se desprende que, en su vivencia interior, el investigador espiritual llega a reconocer cómo al ser humano perceptible con los sentidos le subyace otro suprasensible. No busca llegar a una consciencia de ese hombre suprasensible mediante conclusiones y especulaciones, basándose en el mundo que le viene directamente dado; sino transformando su disposición anímica de tal modo que, saliendo de la percepción de lo que le ofrecen los sentidos, se eleva a la vivencia real de lo suprasensible. Con ello llega a reconocer un contenido anímico que es más abundante y lleno de contenido que el de la consciencia ordinaria. Aquí sólo nos limitaremos a sugerir hacia dónde nos lleva posteriormente ese camino, pues una exposición más detallada exigiría una obra más amplia. Para el investigador espiritual, el interior del alma se convierte en productor, en constructor de lo que la vida humana individual hace del mundo físico. Y se descubre que, en su vida, ese productor realmente ha entretejido no sólo las fuerzas de una, sino de muchas vidas. Lo que puede considerarse como reencarnación, repetición de la vida terrestre, se convierte en una observación real. Pues la experiencia sobre el núcleo interior de la vida humana de algún modo muestra el encaje e interconexión de personalidades humanas que se relacionan entre sí. Y éstas sólo pueden sentirse en relación con el antes y el después. Pues se evidencia cómo una siguiente es siempre el resultado de otra. En la relación de una personalidad con otra tampoco existe continuidad alguna; es más bien una relación que se manifiesta en vidas terrenales sucesivas que se hallan separadas entre sí por una existencia puramente espiritual. Para la observación interna del alma, los períodos en los que el núcleo espiritual humano se hallaba encarnado en una organización físico-corporal, se distinguen de los que habitaba en la existencia suprasensible, en el hecho de que, para los primeros, la vivencia del contenido anímico aparece como proyectada sobre el trasfondo de la vida física, mientras que los últimos se muestran como inmersos en algo suprasensible que transcurre en lo indefinido. En lo referente a la llamada reencarnación, solamente presentaré una especie de panorama en una perspectiva que se nos abre con lo que hemos expuesto hasta el momento. Quien admite la posibilidad de que el yo humano puede acostumbrarse a vivir en el núcleo esencial perceptible suprasensiblemente, ya no podrá

considerar incomprensible que, al seguir penetrando con su mirada interior en este núcleo esencial, su contenido se le muestre diferenciado, y que con esa diferenciación se produzca el vislumbre espiritual de una serie de formas de existencia que transcurrieron en el pasado. El que esas formas de existencia lleven consigo sus datos cronológicos, puede entenderse con la analogía de la memoria habitual. Una vivencia que aparece en el recuerdo en su contenido también lleva su fecha cronológica. Sin embargo, la verdadera “retrospección” de formas pasadas de existencia rigurosamente auto-controlada se halla todavía muy lejos de aquel proceso de instrucción interior del investigador espiritual antes descrito, y se amontonan grandes dificultades en la vida anímica interior antes de conquistarla de manera correcta. A pesar de ello, se halla en la línea de progreso del sendero de conocimiento descrito. En principio, aquí quería registrar de algún modo hechos empíricos de la observación anímica interior. Por eso, he mencionado la reencarnación sólo como *uno* de ellos. Pero se la puede demostrar teóricamente. Eso es lo que hice en mi “Teosofía”, en el capítulo “Karma y reencarnación”. Allí intenté mostrar cómo, llevando determinados resultados de la ciencia natural moderna hasta sus últimas consecuencias, se puede llegar a la idea de la reencarnación para el ser humano.

Para el examen de la naturaleza integral del ser humano lo anterior desemboca en el hecho de que la entidad humana puede llegar a entenderse si la consideramos como el resultado de la interacción de cuatro miembros constitutivos:

- 1.- La organización física corporal;
- 2.- la del cuerpo etérico;
- 3.- la del cuerpo astral;
- 4.- la del “yo” en formación, que aparece gracias a la relación entre el núcleo esencial y la organización física.

En el marco de esta conferencia no puedo entrar en detalles sobre las ulteriores divisiones de esas cuatro manifestaciones del ser humano global. Aquí me limitaré a mostrar únicamente el *fundamento* de la investigación espiritual; los demás elementos he intentado exponerlos, primero de una manera metódica, en mi escrito “¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?” y, segundo, en mis escritos “Teosofía” y “Ciencia oculta”.

Las vivencias del investigador espiritual y la teoría del conocimiento

Las consideraciones que acabamos de exponer nos permitirán reconocer que en la Antroposofía correctamente entendida subyace un camino de desarrollo riguroso y sistemático del alma humana, y que sería un error creer que en la constitución anímica del investigador espiritual vive algo de lo que en la vida común suele describirse como entusiasmo, éxtasis, arrobamiento, etc. Precisamente, por confundir la disposición anímica aquí descrita con esos estados, surgen los malentendidos que pueden presentarse como objeciones a la Antroposofía. En primer lugar, esa confusión despierta la creencia de que en el alma del investigador espiritual existiría un estado en el que desaparece el autocontrol de la consciencia, una especie de anhelo por la visión inmediata, instintiva. Pero es justo lo contrario. Y el hecho es que la disposición anímica del investigador espiritual está mucho más alejada de los denominados estados de éxtasis, visión, y clarividencia ordinaria de lo que lo está la consciencia ordinaria. Incluso esas situaciones anímicas como las que, por ejemplo, tiene en mente *Shaftesbury*, son mundos interiores nebulosos si los comparamos con lo que se pretende lograr mediante los ejercicios del auténtico investigador espiritual. Shaftesbury considera que con el “frio intelecto”, sin entrar en estados de éxtasis emotivo, ningún camino conduce a los conocimientos profundos. Pero la verdadera investigación espiritual, cuando intenta trasladar la consciencia de la esfera sensorial a la suprasensible, acoge todo el dispositivo anímico

interior de lógica y de sensatez propia. Por eso, no se le puede atribuir que ignore el elemento racional del conocimiento. Sin embargo, ella no puede elaborar mentalmente su contenido en conceptos *después* de la percepción, porque siempre lleva consigo el *elemento racional* al salirse del mundo sensorial y en toda percepción suprasensible siempre lo mantiene como un esqueleto de la experiencia suprasensible, como un componente integrador.

Naturalmente, aquí es imposible establecer la relación que tiene la investigación espiritual con las diversas tendencias teóricas del conocimiento en el presente. Por eso, a modo de prueba, y con algunas notas más bien aforísticas, intentaremos señalar cuál es la concepción epistemológica que, en su relación con la investigación espiritual, presenta las mayores dificultades frente a esta última. Tal vez no sea inmodesto señalar que se puede lograr un pleno fundamento para discriminar entre filosofía y antroposofía en mis escritos: “Verdad y ciencia” y “Filosofía de la libertad”.

Para la teoría del conocimiento de nuestra época se ha convertido en una especie de axioma el que, en los contenidos de la consciencia, en principio existen solamente imágenes, o bien simplemente “signos” (*Helmholtz*) de lo real trascendente¹. No hace falta explicar aquí cómo la filosofía crítica y la fisiología (“energías sensoriales específicas”, concepciones de *Johannes Müller* y sus sucesores) han colaborado para convertir esa idea en algo aparentemente irrefutable. En el desarrollo filosófico del siglo XIX se consideraba ya como hecho superado definitivamente el “realismo ingenuo” para quien, los fenómenos del horizonte de la consciencia son reales, algo más que simples representantes subjetivos de algo objetivo. Pero de lo que subyace en esa idea surge casi como algo totalmente evidente la negación del punto de vista teosófico. Para la posición crítica, éste puede considerarse como un imposible traspaso de las fronteras inherentes en la naturaleza de la consciencia. Si se quisiera convertir un sello epistemológico crítico, sagaz y sin medida, en una fórmula sencilla, podría decirse: El filósofo crítico, en los hechos que aparecen en el horizonte de la consciencia, en principio sólo ve representaciones, imágenes o signos, y toda posible relación con un exterior trascendente sólo podría encontrarse *en el interior* de la consciencia pensante. La consciencia no podría traspasarse a sí misma, no podría salirse de sí misma para sumergirse en algo que la trasciende. Esa idea tiene en sí algo que parece del todo evidente. Y sin embargo, se basa en una suposición previa que basta con entenderla para poderla desestimar. Suena casi paradójico objetar que el idealismo subjetivo que se expresa en esa idea se lo considere como un materialismo velado. Y, sin embargo, no se puede hacer de otro modo. Lo que aquí puede decirse podemos ilustrarlo con una comparación. Tomemos lacre y con un sello acuñemos en él un nombre. El nombre, con todo lo que representa, ha pasado del sello al lacre. Lo que no pasa del sello al lacre es el metal del sello. Sustituyamos ahora el lacre por la vida anímica humana y en lugar del sello situemos lo trascendente, aquello que nos trasciende. Inmediatamente se entenderá que es imposible hablar de que lo trascendente pase a la representación, si no se considera *espiritualmente* el contenido de lo trascendente, y que habría

1.- El término “lo trascendente” se refiere aquí al concepto filosófico que describe aquello que nos trasciende, que se halla fuera de nosotros o de nuestra consciencia. En el caso de Kant o Helmholtz, sería “la cosa en sí”, el mundo real objetivo (ya sea material o inmaterial) que debe de haber allí fuera, y que nos impacta, por ejemplo, a través de los sentidos. Pero que, según Kant, es realmente desconocido para nosotros, porque lo único que surge en nuestra consciencia es nuestra representación del mismo, es decir, las imágenes o signos que generamos en nuestro interior a partir de los impactos sensoriales que nos provoca. De manera que seríamos prisioneros de nosotros mismos por la instrumentalidad sensorial y mental en la que estamos inmersos. Esa imposibilidad de conocer lo trascendente postulada por Kant es a lo que se opone Rudolf Steiner mostrando una epistemología basada en la concepción del mundo de Goethe que, llevada a la práctica mediante la ejercitación, nos permitiría superar esas fronteras del conocimiento y desembocar con nuestra consciencia en la objetividad misma de los fenómenos del mundo. (N. del T.)

que considerar semejante al nombre que ha pasado perfectamente al lacre. Para el propósito del idealismo crítico hay que presuponer más bien que el contenido de lo trascendente hay que compararlo con el metal del sello. Pero eso sólo es posible si, de manera veladamente materialista, se presupone que hay que acoger lo trascendente considerándolo como algo material que se derrama en la representación. En el caso de que lo trascendente sea algo espiritual, es absolutamente posible la idea de que la representación pueda acogerlo.

En el idealismo crítico se produce otro desfase frente a los simples hechos de la consciencia, por el hecho de que éste ignora la relación que, de hecho, existe entre el contenido cognitivo y el “yo” mismo. Si de antemano se presupone que el “yo”, junto con el contenido de las leyes universales puestas en forma de ideas y conceptos, se halla fuera de lo trascendente, entonces es evidente que ese “yo” no podría franquearse a sí mismo, es decir, que habría de permanecer siempre fuera de lo trascendente. Sin embargo, ese supuesto previo no se sostiene frente a una observación imparcial de los hechos de la consciencia. En aras de la simplicidad, omitiremos primero el contenido de esas leyes universales, en la medida en que éste sea expresable en conceptos y fórmulas matemáticas. La coherencia interna de leyes de las fórmulas matemáticas se adquiere dentro de la consciencia y sólo luego se aplica a los hechos empíricos. Ahora bien, no puede descubrirse ninguna diferencia entre lo que vive en la consciencia como concepto matemático cuando esa consciencia relaciona *su* contenido con un hecho empírico; y cuando ella se representa dicho concepto matemático en el pensar matemático puramente abstracto. Pero eso está diciendo ni más ni menos que el yo, con su representación matemática, *no se halla fuera* de las leyes matemáticas trascendentes de las cosas, *sino dentro* de ellas. Y por eso, llegaremos epistemológicamente a una mejor representación del “yo” si no nos lo imaginamos dentro de la organización corporal, recibiendo las impresiones “desde fuera”; sino cuando situamos al “yo” en las leyes mismas de las cosas, y consideramos la organización corpórea como si fuera un espejo que, mediante la actividad corporal orgánica, refleja el tejer y el quehacer del yo que se halla fuera del cuerpo, en lo trascendente. Si en el pensar matemático uno se ha familiarizado con la idea de que el “yo” no se halla en el cuerpo, sino fuera del mismo, y que la actividad corporal orgánica sólo representa el espejo viviente desde el cual se refleja la vida del “yo” situado en lo trascendente, también se podrá entender epistemológicamente esa idea aplicada a todo lo que aparece en el horizonte de la consciencia.

Entonces ya no podría decirse que el “yo” ha de franquearse a sí mismo si quiere llegar a lo trascendente; más bien habría que entender que el contenido empírico habitual de la consciencia se comporta, frente a lo realmente vivido en el interior por el núcleo esencial humano, del mismo modo a como lo hace la imagen refleja de un espejo con el ser que se mira en él.

Con una idea epistemológica así podría zanjarse entonces, sin lugar a dudas, el conflicto entre la ciencia natural que tiende al materialismo y la investigación espiritual que presupone lo espiritual. Pues a la investigación natural se le dejaría el campo libre, y podría investigar las leyes del organismo corporal sin que interfiriera la influencia de una manera de pensar espiritual. Si se quiere conocer mediante qué leyes surge la imagen refleja, uno se verá remitido a las leyes del espejo. De éste depende *cómo* se reflejará quien se mira en él. Y eso sucede de varias maneras, según que el espejo sea plano, cóncavo o convexo. Pero el ser de quien se refleja se halla fuera del espejo. De modo que en las leyes que resultan de la investigación natural podrían verse las razones para la formación de la consciencia empírica; y en esas leyes no se inmiscuiría nada de lo que tiene que decir la ciencia espiritual sobre la vida interior del núcleo esencial humano. La ciencia natural se defenderá, y con razón, evitando toda intromisión de puntos de vista puramente espirituales. En el campo de esa investigación, es natural que uno simpatice más con las explicaciones que se sostienen por la mecánica que por las que lo hacen con leyes espirituales. Una idea como la siguiente *debería* ser acogida positivamente por quien viva en claras ideas

científico-naturales: “Esencialmente, el hecho de que la consciencia provocada por la estimulación de las células cerebrales no es de un orden distinto al hecho de que la fuerza de la gravedad se halla ligada a la materia” (Moritz Benedikt). En todo caso, con esa explicación se da de manera exactamente metodológica lo que puede pensarse en la ciencia natural. Es científicamente sostenible, mientras que las hipótesis sobre una regulación directa de los procesos orgánicos por parte de influjos psíquicos son científicamente insostenibles. Pero la idea epistemológica fundamental descrita anteriormente sólo puede ver en el ámbito global de lo que constata la ciencia natural las disposiciones que sirven para que se refleje el verdadero núcleo anímico esencial del ser humano. Pero ese núcleo esencial no hay que situarlo dentro del organismo físico, sino en lo trascendente. Y entonces la investigación espiritual habría que concebirla como el camino para penetrar en el ser que se refleja. Evidentemente, el fundamento común de las leyes del organismo físico y las de lo suprasensible se hallan detrás de la antítesis: “ser y espejo”. Pero eso no es un inconveniente para la práctica del método de estudio científico en ambos lados. En la constatación de esa polaridad que hemos descrito, ésta se movería en dos corrientes que se aclararían y explicarían mutuamente. Pues hay que constatar que en el organismo físico no tenemos un aparato reflector independiente de lo suprasensible en el *sentido absoluto*. Sin embargo, el aparato reflector debe ser el resultado de la entidad suprasensible que se refleja en él. Como complementación a la relativa independencia mutua de los dos puntos de vista expuestos, habría que presentar otro punto de vista que profundizara aún más, y que fuera capaz de contemplar la síntesis de lo sensible y lo suprasensible. La fusión de ambas corrientes puede concebirse como algo dado si se consigue avanzar en el desarrollo de la vida anímica hacia el *Conocimiento Intuitivo* antes descrito. Sólo en éste se da la posibilidad de superar dicha polaridad.

De manera que podemos decir que las consideraciones epistemológicas imparciales despejan el camino de una Antroposofía correctamente entendida. Pues conducen a hacer teóricamente inteligible la posibilidad de que el núcleo esencial humano posea una existencia independiente del organismo físico. Y que la opinión de la consciencia ordinaria de que al yo hay que concebirla como una entidad situada absolutamente dentro del cuerpo es una *necesaria* ilusión de la vida anímica inmediata. El yo –con todo el núcleo esencial humano– puede considerarse como una entidad que vivencia su relación con el mundo objetivo estando dentro de ese mismo mundo, pero que recibe sus vivencias como imágenes de la vida de la representación *reflejadas por su organización corporal*. Sin embargo, la separación del núcleo esencial humano del organismo físico no hay que concebirla en un sentido espacial, sino como una relativa separación dinámica. Y entonces se resuelve una aparente contradicción que podría encontrarse entre lo aquí mencionado y lo antes descrito sobre la esencia del estado de sueño. En el estado de vigilia, el núcleo esencial humano se halla vinculado con el organismo físico de tal manera que, por su relación dinámica con éste, se refleja en él; mientras que deja de reflejarse en él en el estado de sueño. Mas como la consciencia ordinaria, en el sentido de las consideraciones epistemológicas que hemos expuesto, sólo es posible cuando se refleja (es decir, mediante las representaciones reflejadas), dicha consciencia desaparece al dormir. La condición anímica del investigador espiritual sólo puede entenderse en el hecho de que en ella se ha superado la ilusión de la consciencia ordinaria y de que se alcanza un punto de partida de la vida anímica que vivencia el núcleo esencial humano *realmente fuera del organismo corporal*. Todo lo demás que se logra mediante los ejercicios no es más que una inmersión más profunda en lo trascendente, donde se halla realmente el yo de la consciencia ordinaria, aunque no se dé cuenta de ello.

De ese modo, la investigación espiritual se muestra como algo epistemológicamente concebible. Pero, evidentemente, esto sólo será concebible para quien considere que la llamada teoría crítica del conocimiento será capaz de mantener su dogma de la imposibilidad de franquear la (propia) consciencia sólo si no logra superar la ilusión de que el núcleo esencial humano se halla encerrado

en el organismo corporal y de que recibe impresiones a través de los sentidos. Soy consciente de que, con mis exposiciones epistemológicas, sólo he transmitido algunas indicaciones a modo de esbozo. Pero con esas indicaciones tal vez se podrá reconocer que no se trata de casos aislados, sino que brotan de una consolidada concepción epistemológica fundamental.

Traducción del original alemán:

Miguel López-Manresa

Mayo de 2018